



GA  
PI  
TU  
LOx

1

*En el que Megan aprende  
lo que es un golpe a traición*

**P**osibilidad de gol en el tiempo de descuento, Lachelle comenzó a armar una jugada dentro del medio campo, pasándole el balón por abajo a Mariah, quien se lo entregó a Lindsay en la esquina derecha. Lindsay llegó antes que su oponente a la línea final, luego pateó un centro cruzado hacia el área de gol. Cat entró, atrajo la atención de su defensora y la portera, y luego las engañó, dejó que el balón pasara por entre sus piernas, sin tocarlas. Una jugada perfecta, en la que habíamos trabajado sin cesar. Yo estaba a solo siete metros; la amplia red me estaba esperando. Todo lo que tenía que hacer era anotar. Pero me encontraba tan emocionada con las imágenes de la jugada en mi cabeza, que lo arruiné. La excitación extra alcanzó el balón y pasó el travesaño; fue a parar fuera de los límites.

La multitud protestó y yo permanecí allí, abatida. Me había perdido un pase que habría asegurado nuestro primer

juego de conferencia. *Bien hecho, Megan*, pensé. *Bien hecho*. Un minuto después, sonó el silbato. Universidad de Oklahoma 2 - Universidad Metodista del Sur 1.

Pateé el dispensador de agua, y estaba haciéndome camino a través de las sillas cuando la entrenadora Nash me encontró.

–¡Ey, deja eso! –gritó. Frunció el ceño, y su decepción se apoderó de mí-. ¿Cuál es la lección?

–¿No seas una idiota? –pregunté.

–Compostura –respondió, por enésima vez en el último año-. No importa el momento, tienes que mantener la calma, ejecutar bajo presión. Consistentemente buena es mucho mejor que ocasionalmente brillante.

–Lo siento –dije.

–No estoy interesada en tus disculpas –respondió. *Ay*.

–Decepcioné a todo el mundo –comenté, bajando la cabeza.

–Sí. Lo hiciste –*ay otra vez*. Pero esta vez, la entrenadora levantó mi cabeza y me miró directamente a los ojos-. Ahora escucha, vas a anotar muchos goles para nosotros este año –su tono se suavizó mientras cambiaba con facilidad su postura de sargento de instrucción de la Infantería de Marina a mamá gallina-. Todo va a estar bien, ¿de acuerdo?

–Está bien –asentí nuevamente, y me abrazó.

–Memoria corta... Y hazte revisar esto –señaló el corte en mi pierna.

–Ajá –respondí, todavía sintiéndome como si alguien le hubiera disparado a mi perro.

–Nos vemos el lunes.

Luego Cat se acercó. Catalina Esmeralda Graciela "Cat" Martínez era mi mejor amiga en el equipo, mi mediocampista, y la única lo suficientemente valiente como para acercarse a mí dadas las circunstancias. Nos conocíamos desde que teníamos doce años y jugábamos juntas en el Club de Fútbol de las Linces de DeSoto; ahora éramos Ponis. Fui a su fiesta de quince años y me volví famosa al destruir su piñata con mi primer golpe. Encontraron dulces hasta en la calle.

–Vamos, perdedora –dijo, envolviéndome en un abrazo. Me reí. Como siempre, era lo correcto.

–Ve tú. Quiero enfadarme –respondí. Ella se echó a reír.

–Está bien. ¿Necesitas un pañuelo, o algo así?

–No, tengo la manga.

–Sigue pendiente lo del martes por la noche, ¿no? –el martes era noche de televisión, tiempo sagrado de amigas.

–Por supuesto –asentí, mientras caminaba en dirección al vestuario.

–¡Envíame un mensaje más tarde! –gritó por encima del hombro.

Cuando todo el mundo se fue, me senté y examiné mi pierna. La sangre corría a lo largo de toda la piel lastimada. Otra cicatriz, y tan poco para mostrar. En el fútbol, las posibilidades reales de anotar son raras, y mi trabajo como delantera era hacer buen uso de ellas. Mi fracaso de hoy nos había costado un punto muy valioso. Tomé un poco de césped, entrecerré los ojos mirando el límite del campo de juego de Westcott

bajo el sol de finales de agosto y me pregunté cómo podrían empeorar las cosas.

No tuve que esperar mucho tiempo.

—Oye.

Miré hacia arriba para ver a mi hermana, Julia. Ella era más alta y más bonita que yo, con el cabello rubio, sorprendentes ojos celestes y la piel fresca, libre de imperfecciones. Pocos podrían adivinar que éramos mellizas, el claro resultado de dos óvulos, no de uno.

—¿Viste el juego?

Ella asintió, pero se quedó a varios metros de distancia.

—Odio empeorar las cosas, pero pensé que querías ver esto.

Julia me entregó su teléfono, el navegador abierto en *The Dallas Morning News*.

"Bluebonnet Club anuncia a las debutantes de la temporada 2016", decía el titular. Leí a través del artículo. Bla, bla, bla... "orgullosos de anunciar a Ashley Harriet Abernathy, Lauren Eloise Battle, Ashley Diann Kohlberg, Margaret Abigail Lucas, Julia Scott McKnight, Megan Lucille McKnight y Sydney Jane Pennybacker...".

Un momento, ¡¿Megan Lucille McKnight?! Debía haber algún error, porque ¡esa era YO!

—¿Te llamó mamá? —pregunté.

—No.

—¿Mensaje?

Julia sacudió la cabeza. No lo podía creer; quería explotar,

gritar, rabiarse, protestar violentamente. Pero mi madre estaba a cincuenta kilómetros de distancia, en la hacienda. Continué leyendo.

En la parte inferior estaban las fotos. Siete chicas sonrientes y arregladas, listas para tomar sus lugares ungidos en el panteón de las debutantes de Bluebonnet, ese raro y codiciado papel en una tradición que data desde 1882, como mamá nos recordaba a menudo. Mi foto era una verdadera rareza, tomada como símbolo de paz hacia mi madre después de que se quejara durante años de que las únicas fotos que ella tenía de mí eran posando sobre una rodilla junto a un balón de fútbol.

Para este recuerdo atemporal no había escatimado en gastos. Había contratado a una estilista, me había intimidado con un vestido Stella McCartney de escote bajo y eligió a un fotógrafo que insistía en tomar las fotos durante el crepúsculo, entre los mirtos a lo largo de Turtle Creek. Descansaba mi mano casualmente en una rama, sonreía cien veces por hora, parecía una idiota que había tenido suerte en un cupón de cambio de imagen. Nunca, ni en mis peores pesadillas, había imaginado que aparecería un año más tarde en el periódico más leído de la ciudad, bajo el anuncio de una subasta.

—¿Tal vez sea un error? —pregunté esperanzada, devolviéndole su teléfono. Julia guardó silencio. Había pasado el ingreso a Cálculo avanzado como estudiante de segundo año en la escuela secundaria, y se especializaba en ingeniería estructural. Como muchas chicas muy inteligentes, aprendió temprano que el silencio era a menudo una sabia táctica.

»Está bien –dije–. Me ducharé y veremos qué tiene para decir.

Julia sonrió, un poco demasiado brillante.

–Haré palomitas de maíz –anunció.



Julia condujo a casa, por lo que yo pude levantar la pierna. No se requerían puntadas, pero los entrenadores limpiaron la herida con abundante agua oxigenada, untaron algo de Neosporin y aplicaron un vendaje de gasa, diciéndome que lo sujetara un rato para detener el sangrado. Así que en la media hora de viaje de Dallas a la hacienda, apoyé mi pierna en el tablero del auto y me dediqué a mirar por la ventanilla y a tratar de descubrir por qué mi madre querría arruinar mi vida. Julia, todavía en la agonía de su ruptura con su novio de mucho tiempo, Tyler, eligió musicalizar el viaje con la melancólica banda sonora de Tame Impala. Lo único que faltaba era la lluvia.

Es una verdad universalmente conocida que todas las hijas llegan a la conclusión de que sus madres están locas, y aunque yo había escuchado el tintineo de tornillos en la cabeza de Lucy McKnight, incluso para ella esta creencia era desafiante. Simplemente yo no estaba hecha para debutante. Ni siquiera cerca. Y no estoy siendo modesta. Usaba jeans Wranglers descoloridos, camisetas viejas y botas Ropers de

vaquero, excepto cuando lo mezclaba con pantalones cortos de nylon y chanclas. Compraba sujetadores deportivos e interiores de algodón en paquetes al por mayor. Tenía pecas y el bronceado de un granjero, y mi cabello castaño estaba siempre sujeto en una cola de caballo, excepto durante la práctica y los juegos, cuando agregaba una cinta en mi cabeza al estilo Alex Morgan, hecha con la cinta adhesiva rosada de la entrenadora. Mis labios estaban permanentemente agrietados, ya que vivía en un estado de semi-deshidratación, y mis uñas estaban rotas y sucias. Mis piernas musculosas eran una zona de guerra, y mi parte superior del cuerpo estaba magra como un pollo guisado, debido a las miles de horas de haber corrido bajo el sol de Texas.

–Por fin se ha vuelto loca, loca como una cabra –le dije a Julia, que frunció los labios, permaneció en silencio y mantuvo los ojos fijos en el camino.

Pero Julia como debutante... eso sí tenía sentido. Era delicada como una puerta japonesa shoji, y los chicos se derretían por ella, de a miles. Francamente, Julia era precisamente la clase de chica de la que yo me podría haber mofado y podría haberla despreciado: una sexy Pi Phi, bien vestida, bien educada, una estudiante exitosa y tan buena en todas esas cosas de niña que yo nunca podría dominar, como ondular sus pestañas, aplicar maquillaje y coquetear. Pero como ella era mi única hermana y mi compañera de vientre, la amaba intensamente, y ¡ay! de los que la amenazaban.

Tomó la salida 47, la única salida en la Interestatal 35 sur



que tomábamos, y giró a la izquierda en el camino 89. Otro kilómetro y medio y estaríamos en la hacienda. Cuando vi el borde de la valla que marcaba el límite occidental de Aberdeen, bajé mi pierna suavemente y me preparé para la batalla.



–¡MAMÁ! –grité–. ¡MAMÁÁÁÁ!

Sin respuesta. Me paré en el vestíbulo principal delante de la casa. *Se está escondiendo, pensé, con miedo a mostrarse. Cobarde.*

Julia entró detrás de mí, con el bolso que colgaba de su brazo. Estaba claramente entretenida, como un niño viendo las carrozas de un desfile del Día de la Independencia. Fruncí el ceño y rodeé la escalera, fui por el pasillo, y encontré la puerta del estudio de papá cerrada como el paso de los alemanes por Bélgica.

Cuando la puerta golpeó la pared, papá se sobresaltó.

–Ey –dijo, parpadeando. Un juego de fútbol universitario en la televisión. Papá, Dios lo bendiga, había estado durmiendo en el sofá. Sus botas polvorientas estaban debajo de la mesa de café.

–¿Te gustaría contarme algo, papá? –le pregunté.

–No –respondió lentamente. Julia, contenta de seguir mis pasos, entró detrás de mí.

–Sabes, cuando ofreces a tu hija a la venta, lo más educado que puedes hacer es decirle.

Oh, ahora lo recordaba. Se pasó la mano por el cabello, intentaba ganar unos minutos. A los cuarenta y seis años, tenía todavía el cabello rubio oscuro y abundante, con solo una muestra de gris en las sienes. Una vida de entrecerrar los ojos en el sol le había dejado marcas alrededor de sus ojos color avellana, pero todavía era joven y guapo. También se encontraba en buena forma física, la rutina diaria de trabajar con el ganado a caballo lo mantenía firme y fuerte como un poste de cerca. Angus McKnight III parecía exactamente lo que era: un verdadero vaquero.

–Cariño, no te estamos ofreciendo a la venta, y yo estaba tan sorprendido como tú por el anuncio.

–Lo dudo –respondí, sin retroceder. Papá intentó su mirada más comprensiva sobre Julia, esperando apoyo.

–Por supuesto que íbamos a decirte... –comenzó a decir, cuando se oyeron pasos en el corredor. Papá me miró por encima del hombro. ¿Podría ser la caballería? En efecto.

Mi madre, Lucy McKnight, entró en el estudio y se quitó los guantes de jardinería. Ella era tres centímetros más alta que yo, medía un metro setenta y tres, y todavía era muy atractiva, aunque un poco blanda en sus curvas. Se encontraba en esa edad en la que las mujeres, tarde o temprano, consideran los beneficios de la cirugía plástica, y yo sabía que su pensamiento era más temprano que tarde, por dos razones. En primer lugar, uno debe llevar su coche al mecánico en el

momento en el que oye un ruidito en el motor; y, en segundo lugar, si se hace bien puede pasar por un cambio en la dieta y un nuevo entrenador personal.

El estilo de mamá era siempre radiante, y hoy se había arreglado de manera mágica y misteriosa, como solo algunas mujeres pueden hacerlo: vaqueros, una camisa azul de algodón y un sombrero de sol; parecía un conjunto del catálogo de primavera de la lujosa marca Neiman Marcus.

–¿Ese es un bolso nuevo, Julia? –preguntó mamá.

–Megan solo estaba preguntando por...

–Yo sé por qué está aquí, Angus –dijo ella, luego se volvió hacia mí–. Te pido disculpas por enterarte de esta manera. Por supuesto que planeábamos contarte este fin de semana; no tenía ni idea de que saldría en el periódico de hoy. Aun así, no importa, está hecho y resuelto.

–Pero te dije *la semana pasada* que no quería ser una debutante. Nunca. ¿Recuerdas?

–Tuve en cuenta tu punto de vista –respondió con suavidad–. Pero creo que no entiendes que en verdad es una oportunidad única en la vida que simplemente no puedes dejar pasar.

–No estoy segura de si te has dado cuenta, pero con la universidad, la práctica y los partidos, mi agenda está llena.

–Consideraré eso, pero hacer un debut requiere mucha energía tanto física como emocional, y necesitas estar en tu mejor momento. Te sugiero que abandones fútbol.

Dios mío, esto era peor de lo que pensaba. Traté de

contener la ira fundida que borboteaba en su camino hacia la plena expresión volcánica.

–Mamá, si crees que dejaré fútbol por bailar el vals y tomar el té, estás más que equivocada... estás demente.

–Entiendo tus sentimientos...

–No, no lo haces –repliqué.

–Solo te estoy pidiendo una temporada de... ¿cuántas, veinte?

–Estás pidiendo un año de los cuatro de elegibilidad universitaria. Y cualquier posibilidad que tenga de ingresar a la selección nacional.

Su mirada de compasión lo dijo todo.

–Cariño, tienes veinte años. Creo que ese barco ya zarpó.

–¡Fui invitada al campamento regional el año pasado!

Fui a Kansas durante tres semanas el verano anterior a la audición para la Selección Nacional Femenina Sub-20, junto con otras doscientas chicas. Basta con decir que fue una experiencia aleccionadora y un viaje rápido de vuelta a casa.

–Sé que, exceptuando los sentimientos actuales, aprenderás y crecerás mucho, y tendrás recuerdos que atesorarás por el resto de tu vida.

–¿Ateorar? –le dije–. ¿Aprender a que mis zapatos hagan juego con mi bolso? ¿Usar *divina* en una oración?

–Hay mucho más que moda y modales –respondió con cuidado–. Aunque será una gran ventaja para ti trabajar en ambos.

–No, no lo será. Porque no lo haré. Quieres enviarme

vestida como un caniche a fiestas con premios en efectivo para "La mejor charla superficial" y "La mejor sonrisa", donde me obligarán a bailar con chicos que no me gustan y a ser amable con un puñado de personas que no conozco. ¿Y quieres que renuncie a un año de fútbol por ese privilegio?

Hice una pausa, respiré hondo.

–Claramente, décadas de teñir tu cabello y tomar las malteadas adelgazantes de SlimFast te han pasado factura –solté.

Silencio. Crucé la línea, me di cuenta, mientras sus ojos se estrechaban, su mandíbula se tensaba y su rostro se volvía carmesí oscuro.

–A nadie le gusta una sabelotodo, Megan.

–A mí sí. Me *encantan* los sabelotodo –dije sin cuidado, manteniendo la feroz esperanza de que algún día encontraría a un hombre que también le gustara, o de lo contrario estaría jodida.

Mamá, una luchadora experta, ignoró mi golpe y cerró el espacio entre nosotras. Ahora estábamos barbilla a barbilla.

–Vamos a... –papá interrumpió, pero mamá lo calló.

–Estabas de acuerdo, Angus –papá levantó las manos y se volvió hacia mí–. Gracias a un gran esfuerzo de mi parte, tanto tú como Julia han sido invitadas a debutar este año. Es prácticamente inaudito para dos hermanas, y...

–No me importa a quién hayas sobornado.

–¡Basta! –gritó ella.

Le di una mirada helada y desafiante, pero ella se mantuvo firme.

–Te amo mucho, pero eres extremadamente obstinada y estás muy segura de que sabes todo lo que necesitas acerca de todos y de todo. Confía en mí cuando te digo que no es así. Tres generaciones de mujeres en mi familia (tu bisabuela, tu abuela, tu tía y yo) hicimos nuestro debut en Bluebonnet. Tu prima Abby y tu hermana, Julia, harán su debut este año, y aunque no te des cuenta de lo que esto significa, yo sí. Un día, muy pronto, terminará tu carrera futbolística y te encontrarás en un mundo mucho más grande y complicado que el que ahora habitas, y es mi trabajo asegurarme de que estés preparada para eso. Así que permíteme ser perfectamente clara, esto no es una petición.

–Esto es tan injusto, mamá.

–¿En verdad? ¿Realmente?

La pregunta quedó colgando, y entonces mamá llevó su mano a un costado de su cabeza, obviamente sentía dolor. Papá se acercó y puso su mano en su brazo.

–¿Estás bien? –le preguntó. Mamá sufría de migraña ocasional, que siempre parecía llegar cuando más útil era.

–Estoy bien –dijo, dejándose llevar por mi padre hasta una silla.

Se sentó pesadamente y observó el sol brillante a través de las cortinas, como un vampiro al amanecer.

Estaba furiosa. Las lágrimas brotaron mientras mi ira ardía más, pero no sabía qué decir.

–Yo... Te odio –finalmente junté valor. Tan débil. Pero comprometida, me giré y me fui marcando mis pasos.

–Cariño... –comenzó a decir papá.

–Deja que se vaya –respondió mamá mientras yo golpeaba la puerta con fuerza. En el pasillo sollozaba y oía que ella repetía la misma vieja frase–: Ella vendrá, solo deja que se acostumbre a la idea.

*Ni mierda que eso suceda.*